



SPINOZA, ÁGUILA Y PALOMA (SELECCIÓN)¹

Enrique Espinoza

Prefacio [9-10]

Este librito acerca de Spinoza, *pendant* del otro que dediqué a Heine bajo el signo del ángel y el león, aparece ahora como último eco de la recordación del tercer centenario de la muerte del filósofo por excelencia, tras la imagen del águila y la paloma, imagen perteneciente al poeta Guillermo Valencia.

Como breviario, refleja sobre todo, el buen juicio que formaron del autor de la *Ética more geometrico demonstrata*, escritores de Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, y, de modo particular, algunos de nuestro idioma, idioma en que Spinoza esbozó su Apología para vindicarse de una ruptura con la sinagoga de Amsterdam, en 1656.

No apporto nada esencial, mas recuerdo a sus fieles seguidores, su gusto por la literatura barroca de la vieja España: Cervantes, Quevedo, Góngora.

Si algún mérito atribuyo a mi trabajo, y por eso lo publico, es el de una rigurosa selección de textos del sublime pensador y de los altos poetas que lo amaron y comprendieron.

Como remoto pariente pobre, usufructué durante más de medio siglo del nombre germánico del autor de los *Cuadernos de viaje* y del apellido castellano del vidente analista del *Tratado teológico-político*. Me correspondía, por tanto, pagar esa vieja deuda de algún modo.

Enrique Espinoza

I [11]

Si en su tiempo Spinoza constituye por su destino un caso singular, en el nuestro, su problema se plantea a muchísimos hombres. Y como Spinoza no sólo profesó una solución, sino que también la vivió, su caso resulta ejemplar para nuestra época.

Carl Gebhardt

Desarraigo e injerto [15-20]

El nombre de Spinoza con la pérdida de la E inicial y la substitución de la s penúltima por una z, revela de manera gráfica, el paso de su familia del antiguo burgo cantábrico a su definitivo asentamiento en Holanda, después de una forzosa permanencia en la costa portuguesa de la Península.

Quien había de inmortalizar el nombre de Spinoza como se conoce hoy en todas las lenguas cultas, y sin aditamento alguno, por innecesario, nació en Amsterdam el 24 de noviembre de 1632 y murió en La Haya el 21 de febrero de 1677. Era hijo de Miguel de Espinoza o Espiñoza, que pasó de Vidigueira a Amsterdam, tras una recalada en Nantes.

¹ Espinoza, Enrique. 1978. Spinoza, águila y paloma. Buenos Aires: Babel, 92 pp. Selección de textos y notas a cargo de Juan Vicente Cortés. En corchetes se indica la paginación del original.

En la llamada "Nueva Jerusalén" prosperaba ya una colonia judía oriental junto a otra, hispano-portuguesa. Don Miguel de Espinoza casó tres veces a causa de la muerte sucesiva de sus mujeres. Baruch o Bento, fue engendrado en la segunda, llamada Ana Débora, natural de Lisboa. Esta lo dejó huérfano en 1638. Aquel mismo año el futuro filósofo ingresa en la recién fundada escuela hebrea Jetz Jaim, "El árbol de la vida".

Muy pronto dio el joven Spinoza muestras de gran inclinación por el estudio de la Biblia y de los textos místicos, hasta el punto de hacer pensar a sus maestros: Menasché ben Israel y Saúl Levi Morteira, que con el tiempo sería una columna de la Sinagoga. Con todo, el propio Menasché ben Israel, escritor y diplomático sefardí estuvo a punto de ser condenado por su liberalismo en 1640. En cambio, Morteira, fanático a la vieja usanza oriental, aunque procedente de Venecia, se convirtió poco a poco en el Gran Inquisidor.

Desde su triste adolescencia, Spinoza tuvo motivos para desconfiar de quienes exageraban el celo religioso. El padre, dueño de un negocio de especias, le había encargado en una ocasión cobrarle a una viejecilla de Amsterdam, cierta cuenta. Esta, como beata, hizo esperar al chico hasta el término de sus oraciones. Después le pasó el dinero, aconsejándole que fuera tan respetuoso de la Ley como su padre. Sin dejarse llevar por sus aspavientos, el niño recontó el dinero en su presencia y pudo comprobar que faltaban dos ducados.

Antes de salir de la escuela talmúdica, Kether Torá, "Corona de la Ley", Spinoza empezó el estudio del latín en el colegio de Francisco Apinio van den Ende, a quien solía reemplazar como pasante su hija, Clara María, buena latinista también. Existe la presunción de que el extalmudista llegó a enamorarse de ella. Spinoza era uno de los pocos jóvenes de familia pudiente, interesados en el conocimiento de la lengua en que se comunicaban los sabios de aquel tiempo. Pero Clara María prefirió a otro discípulo, de origen alemán, que le obsequió un valioso collar de perlas y aceptó convertirse al catolicismo.

De cerca o de lejos, Spinoza pudo asistir tal vez a la humillación de Uriel Acosta [o da Costa] en la sinagoga hispanoportuguesa y estrechar más tarde relación con el doctor Juan (Daniel) de Prado y demás objetores de conciencia, para darles un nombre moderno a estos desarraigados de la España inquisitorial, que se reunían en unas llamadas tertulias dentro de la ciudad de Amsterdam.

La formación hebrea de Spinoza era completa y además imponíase por su personalidad. El estudio minucioso de la Biblia le hizo conocer temprano, en su texto, a Abraham ibn Ezra, quien despertaría sus primeras dudas sobre la unidad del Pentateuco. También leyó al filósofo Hasdai Crescas, lo mismo que al renacentista León Hebreo, hijo del último comentador bíblico, Isaac Abarbanel [o Abravanel]. Y ni qué decir, a Abraham Herrera, descendiente del capitán Gonzalo de Córdoba, que murió en Amsterdam un año antes de que naciera Spinoza.

En Maimónides no deja de ver el zahorí al más importante filósofo del pueblo de Israel; pero adornado con las telarañas de la Cábala.

Se cuenta que dos de los compañeros de Spinoza en la Kether Torá, trataron de sonsacarle qué pensaba de los ángeles y que éste se refirió a su aspecto fantasmal. Por lo que fue denunciado al fanático Saúl Levi Morteira.

Como en el caso de Juan de Prado, el rabino de marras trató de conducir a su aventajado discípulo a un compromiso mediante una subvención vitalicia para que pudiera dedicarse al estudio exclusivamente. Pero al rechazar Spinoza su ofrecimiento sobrevino la ruptura, seguida de una amenaza de anatema y luego de una tentativa de atropello por parte de un quídam, que lo apuñaló a la salida del teatro.

Por fortuna, el futuro filósofo salva indemne de la tentativa irracional y conserva como recuerdo su vestimenta rasgada, pues se trataba de algo insólito entre los judíos, no sólo de Amsterdam.

En una posterior disputa con Morteira, Spinoza le dijo a su maestro que por lo bien que le había enseñado la lengua hebrea le daría ocasión para que pronunciara en la sinagoga el Jerem contra él, haciendo sonar el Schofar o cuerno denunciante. Este diálogo, sin duda imaginario, pero verosímil, pudo precipitar el desenlace. Conviene hacer notar que el anatema contra Spinoza no está redactado en hebreo sino en portugués, para que lo entendieran los ignaros judíos recién llegados de Oporto a Amsterdam.

Spinoza esbozó su defensa en español y aquellos de sus amigos que conocieron su texto, elaborado después en el *Tratado teológico-político*, aseguran que Spinoza decía: “En verdad, no me obligan a nada que no hubiera hecho de no temer el escándalo”. Y también: “No quito nada a nadie y cualquiera que sea la injusticia cometida conmigo, puedo vanagloriarme de que nada me tienen que reprochar”.

Todo ello para concluir que su subsistencia no estaba más asegurada que la de los israelitas al salir de Egipto...

Dos años antes había muerto el padre de Spinoza y éste pasó a ser uno de sus sucesores en el negocio de exportación que liquidó rápidamente, porque tuvo el temple de pagar las deudas contraídas por su progenitor, “con ligereza juvenil”, según el primero de sus biógrafos.

Sin embargo, cuando un cuñado desagradable quiso arrebatarse al desinteresado lo que le tocaba de la casa paterna, hizo intervenir a la justicia holandesa y le ganó el pleito. Finalmente, sólo se quedó con una buena cama y su cortina.

Spinoza se fue de Amsterdam por su voluntad para instalarse no lejos, en una pensión de Ouderkerk, frente al cementerio judío donde estaban enterrados sus padres. Después pasó a Rijnsburg, centro de los colegiantes, y, por último, a Voorburg, donde se perfecciona en el tallado de cristales, que no tardan en adquirir fama en Europa.

Un escritor israelita de nuestro tiempo, Abraham Coralnik, se pregunta en un juicioso ensayo sobre Spinoza: “¿no era el destino del judaísmo sefardí alcanzar su más alto logro espiritual mediante un gesto trágico?” En todo caso, añade: “los compañeros que denunciaron a Spinoza y los rabinos que decretaron su excomunión, han tenido un mérito inmortal para la filosofía, pues contribuyeron a dar al mundo en Spinoza a uno de sus pensadores supremos”.

Es un juicio aceptado ahora por la misma comunidad sefardita de Amsterdam.

Rembrandt y Spinoza [21-22]

De una generación precedente a la del filósofo, el gran pintor holandés fue asimismo vecino del barrio de Amsterdam donde vivían los judíos: Vlootenburg ahora llamado Waterlooplein.

Aunque flamenco de pura cepa, Rembrandt se identificó a fuer de artista, con los emigrados de la Península española, pintándolos dentro y fuera de la imponente sinagoga que se construyeron.

Hay fundadas razones para suponer que Rembrandt hizo un retrato del joven Spinoza en “El hombre de la lupa” y otro, después, en el cuadro “Saúl y David”, como protesta contra el anatema lanzado por la comunidad hispanoportuguesa contra el filósofo todavía cartesiano. Rembrandt era menonita y sabía griego, latín y hebreo.

Carl Gebhardt en su insuperable libro sobre Spinoza recuerda que un día antes del 27 de julio de 1656, en que fue condenado el filósofo, se inició en Amsterdam la tramitación del concurso civil de Rembrandt. Por tanto, ambos tuvieron que crearse, cada uno en su esfera, un mundo propio: el fallido de la sociedad burguesa y el relapso de la grey sefardita.

Entre la filosofía de Spinoza y el arte de Rembrandt se han establecido nexos que no son meras coincidencias de fecha y lugar, sino profundos nexos causales.

La vida de Spinoza –escribe Gebhardt–, se desenvuelve dentro de un marco cuya forma está determinada por el barroco. Y cuando el niño Bento iba a la sinagoga, que sólo estaba a unos pasos de la casa paterna, lo acogía una construcción barroca en cuya fachada lucían grandes pilastras adornadas de festones y complicados herrajes.

La voluntad de infinito en Rembrandt, como en Spinoza, guarda para Carl Gebhardt, necesaria y profunda unidad. Esta se acentuó cuando Spinoza, hombre ya, tomaba por gusto los versos de Góngora, creador del manierismo barroco.

En una nota de la *Ética* (IV, 39), el filósofo se refiere de modo ambiguo a la pérdida de la memoria de un poeta español cuyo nombre calla. Sólo revela que fue autor de numerosas tragedias, fuera de la propia, que vivió resignado. (¿Séneca?)

El barroco es un estilo trascendente nacido en España y que, con el arte de Rembrandt y la filosofía de Spinoza, se vuelve inmanente en Holanda.

II [31]

Que Spinoza era un gran escritor que podía expresar su pensamiento con todo el poder del lenguaje, lo demuestran las notas y los apéndices de la *Ética*, lo mismo que muchas de sus cartas y, sobre todo, su *Tratado teológico-político*.

Carl Gebhardt

Spinoza y Goethe [33-34]

Con una que otra excepción, los pensadores europeos de fines del siglo XVIII y lo largo del XIX, reconocieron el valor permanente de la *Ética more geometrico demonstrata*. Lo hizo especialmente el gran memorialista de *Poesía y Verdad*.

Cabe un curioso paralelo entre aquel pequeño Baruch del barrio judío de Amsterdam (porque no hubo nunca, Borges, ghetto en ninguna ciudad de Holanda) y el patricio adolescente de Francfort (donde sí lo hubo), Wolfgang von Goethe.

La original visión que retuvo el jovencito alemán de la Torre de Babel debió ser muy semejante a la del adolescente judío Benito de Espinosa, mucho antes de metamorfosearse para la eternidad en Benedictus.

En *Poesía y Verdad*, Goethe recuerda cómo aprendió temprano el hebreo bíblico y hasta el idish.

Los israelitas –recuerda–, no pudiendo decidirse a perder completamente a sus padres, resolvieron alzar una torre tan alta que los pudiese guiar en su regreso a la tierra natal desde los países más remotos.

Cuando Goethe declaró a Spinoza su duca e maestro y se volvió su “más apasionado discípulo” y su “más decidido admirador”, fue porque consideraba su espíritu más fino y profundo que el suyo. La página en que narra el encuentro del poeta con el filósofo, tiene para mí el encanto de una confesión, pues asevera:

Después de haber recorrido, inquieto, todas las fuentes posibles de ilustración, tropecé finalmente con la *Ética* de este hombre. No podría expresar con claridad lo que había sacado de su lectura y las cosas que me ha sugerido; pero el hecho es que hallé un apaciguamiento a mi turbulencia y que se me abrió un amplio horizonte en el mundo sensible y moral. Lo que más me atraía en él era su ilimitado desinterés.

Goethe, a pesar de habérselo propuesto, no llegó a fijar en su obra poética, de modo definitivo, la enorme influencia que Spinoza ejerció sobre su espíritu.

Alguien la señaló en “Filina” y en su fragmento dramático, “Prometeo”, que tanto apreció Lessing. Lo sabríamos con precisión si hubiera compuesto su proyectado poema en torno a una visita del Judío Errante a Spinoza. “Esta idea –declara–, me gustaba tanto que no llegué a escribirla”. Lástima que nos privara, en su egotismo, de prueba tan concluyente; pero la doctrina de Spinoza está ínsita en Goethe.

Spinoza y Heine [35-36]

Si previó el poeta del *Buch der Lieder* que su nombre iría en el porvenir unido muchas veces al del gran pagano, no se atrevió a pensar que también iría junto al nombre del autor de la *Ética*. Hoy, sin embargo, ningún comentarista de Spinoza deja de citar las palabras que le dedicó Heine y que copio una vez más al pie de la letra porque me parecen insuperables:

La lectura de Spinoza impresiona como el aspecto de la naturaleza en su augusta calma; es una selva de pensamientos altos como el cielo, cuyas floridas cimas se agitan en movimientos ondulantes, mientras los troncos inmovibles hunden sus raíces en la tierra eterna.

Y tras ver en él a un legítimo descendiente de los profetas hebreos, Heine agrega:

Hay, además en Spinoza, una seriedad, una entereza, como quien tiene conciencia de su fuerza, una grandeza de pensamiento que parece una herencia, porque Spinoza formaba parte de aquellas familias expulsadas

de España por los muy católicos reyes. Sumad a esto la paciencia de un holandés, nunca desmentida en su vida y en sus escritos.

Herman Cohen, el maestro neokantiano, encontraba entre Spinoza y Heine “una básica y sutil afinidad”, pese a todas sus diferencias.

Nadie vio mejor que Heine cuánto debían al autor de la *Ética* todos los filósofos. Por eso escribió:

Algún día, cuando liberen a Spinoza de la rígida matemática cartesiana, y lo hagan accesible al gran público, se comprenderá que él más que ninguno, podría quejarse de plagio. Todos nuestros filósofos actuales miran, sin saberlo, a través de los lentes que pulió Spinoza.

Y el poeta no puede menos que recordar todavía:

En La Haya llevó una vida tal que la historia de la filosofía difícilmente podrá encontrar otro ejemplo. Notable por la sobriedad, libre de toda sed de gloria o de riqueza, ornada de todas las virtudes que pueden hermosear la vida de una persona.

Esto no lo han negado los propios adversarios de Spinoza, que lo llamaron “el ateo virtuoso”.

La inclinación que sintió Heine por su gran pariente y maestro está expresada, no sólo en su libro sobre Alemania, sino en otros, donde asimismo extiende su cariño al país en que nació y murió el filósofo.

Spinoza y Nietzsche [37-38]

Entre los pensadores alemanes que apreciaron al filósofo de los filósofos, no es posible omitir al autor de *Más allá del bien y del mal*. Sin embargo, Nietzsche tuvo sobre Spinoza una salida juvenil injusta, que no tardó en rectificar.

El breve poema que le dedica en *Ecce Homo* viene a decir más o menos así en castellano, con su interrogante final:

*Inclinado hacia el “todo en Uno”
Feliz con la razón del Amor a Dios:
Quitáos las sandalias ¡la tierra es tres veces santa!
Pero secretamente, bajo este amor,
Anidaba un odio encendido.
En el Dios de los judíos, cebó el odio a los Judíos.
¿Te he descubierto, solitario?*

No, ni mucho menos. Para Spinoza el odio era una tara. Por otra parte, nunca fue un solitario. Más bien un hombre rodeado de amigos y admiradores, con no haber querido ser un profesor oficial. ¿No le ofrecieron, acaso, una cátedra en Heidelberg?

Mas el autor de *El viajero y su sombra* supo rectificar su error. En carta a su amigo Ouverbeck [sic], del 30 de julio de 1881, le comunica eufórico²:

² Un exceso de entusiasmo, acaso, le hizo olvidar a Glusberg que *Ecce Homo* fue escrito en 1888. [N. del E.]

Estoy completamente asombrado, completamente hechizado. Tengo un precursor y qué precursor. Casi no conocía a Spinoza. Que sintiera ahora deseos de él ha sido un acto instintivo. No sólo porque su tendencia es igual a la mía: hacer del conocimiento el afecto más poderoso, sino también porque vuelvo a encontrarme a mí mismo en ciertos puntos de su doctrina. Este filósofo, el más solitario

(nótese ahora en qué sentido diferente lo dice), “me es afín en cinco puntos” (y los enumera), para concluir: “Mi soledad es hoy una soledad de dos. Maravilloso”.

En otra ocasión Nietzsche dijo: “Cuando hablo de Platón, Pascal, Spinoza y Goethe, sé que su sangre corre por mis venas”. Se refiere, claro está, a la sangre del espíritu.

Spinoza y Flaubert [43-44]

El siglo de las luces, tan celebrado en Hispanoamérica, fue poco propicio al autor de la *Ética*. Lo reconoce André Gide, anotando en su *Journal* del 1ero de abril de 1929:

Je ne lis pas sans tristesse l'article de Diderot sur Spinoza, monument d'incompréhension et d'injustice³.

¿Cómo asombrarse, pues, de los conocidos versos cínicos que le dedica en *Les Systèmes*, Voltaire?

*Caché sous le manteau de Descartes, son maître,
Marchant à pas comptés s'approcha du grand être.
Pardonnez-moi, dit-il, en lui parlant tout bas,
Mais je pense, entre nous, que vous n'existez pas*⁴.

Sin embargo, como una especie de compensación de la centuria pasada, el máximo escritor francés, Gustave Flaubert, leerá y releerá la obra de Spinoza en compañía de su amigo Alfred Le Poittevin, tío de Maupassant, y recomendará en sus cartas la biografía escrita por Boulainvilliers, para decir después, en otra parte de su Correspondencia:

Je connaissais l'*Ethique* de Spinoza, mais pas du tout le *Tractatus Theologico-politicus*, lequel m'épate, m'éblouit, me transporte d'admiration. Nom de Dieu ! quel homme, quel cerveau ! quelle science et quel esprit !⁵

Y agrega todavía: “sí, hay que leer y releer a Spinoza. Son asnos quienes lo acusan de ateísmo. El autor de *La educación sentimental* lo declara teosísimo”.

La devoción de Flaubert por Spinoza influyó sin duda sobre muchos poetas y escritores de su tiempo, desde Hugo a Rimbaud, pasando por Leconte de Lisle, Vigny, Taine,

³ “No leo sin tristeza el artículo de Diderot sobre Spinoza: monumento de incompreensión e injusticia.” [Trad. del E.].

⁴ “Escondido bajo el manto de Descartes, su maestro, Caminando sigiloso se acerca al gran ser. Discúlpeme, dice, hablando en un susurro, Pero, entre nos, para mí que usted no existe.” [Trad. del E.].

⁵ “Conocía la *Ética* de Spinoza, pero nunca había leído el *Tractatus theologico-politicus*. Este me dejó boquiabierto, me deslumbró, me transportó. ¡Por dios! ¡Qué hombre! ¡Qué cerebro! ¡Qué ciencia! ¡Qué espíritu!” [Trad. del E.].

Georges Sand, Anatole France, que, por boca de M. Bergeret, piensa en una de sus novelas:

Si Napoleón hubiera sido tan inteligente como Spinoza, se habría retirado a una mansarda de París para escribir unos cuantos libros, en vez de formar ejércitos monstruosos.

El premio Nobel en la historia de tal galardón, Sully Prudhomme, dedicó a Spinoza un soneto cuyos versos iniciales dicen:

*C'était un homme doux, de chétive santé,
Que tout en polissant des verres de lunettes,
Mit l'essence divine en formules très nettes.
Si nettes que le monde en fut épouvanté⁶.*

⁶ "Era un hombre afable, de frágil salud
Quien, puliendo cristales,
Puso la esencia divina en fórmulas límpidas
Tan límpidas que al mundo horrorizó" [Trad. del E.].